

## ¿QUÉ HA SIDO DEL MOVIMIENTO ANTIBELICISTA ESTADOUNIDENSE?

En este momento Estados Unidos es «antibelicista», en el sentido de que cerca de dos tercios de la población consideran que la ocupación de Iraq representa un mal asunto y que las tropas deberían regresar a casa. El sentimiento antibelicista constituyó uno de los principales factores de la victoria de los demócratas en las elecciones del pasado noviembre, cuando recobraron el control del Congreso. Lo irónico del caso es que esta aguda desilusión de los votantes no le debe casi nada a ningún movimiento antibelicista. Afirmar que el movimiento antibelicista está muerto sería exagerado, aunque no en gran medida. Comparado con los movimientos equivalentes de la década de 1960 y de principios de la de 1970, o con las movilizaciones en contra de las guerras de Reagan en Centroamérica a finales de la de 1980, puede darse ciertamente por perdido.

Cuando en marzo de este año los demócratas en el Congreso estadounidense se sintieron obligados a lanzar al presidente Bush el mensaje de que debería traer las tropas a casa antes de abandonar el cargo, no estaban votando bajo la presión de una enorme muchedumbre congregada en los alrededores del Lincoln Memorial, cuyas consignas hicieran temblar los cristales del Congreso. Estaban votando bajo la presión de las elecciones de 2008, ansiosos por demostrar si no sustancialmente al menos sí como gesto algún tipo de asentimiento ante un vago sentimiento antibelicista que se extiende por el país.

Los movimientos antibelicistas de la era de Vietnam siguen presentes a día de hoy, en ocasiones con gran vitalidad, en el entramado de la vida cotidiana estadounidense. La vida cambió para siempre como consecuencia de la negativa de miles y miles de personas a combatir en el sudeste asiático. Las grandes marchas por la paz de Washington, las concentraciones en las principales ciudades de la nación, los disturbios en torno a los centros de reclutamiento, los levantamientos en las universidades aún se mantienen candentes, a veces peligrosamente, en la memoria colectiva. El año pasado en Colorado, sin ir más lejos, un veterano de Vietnam escupió a Jane Fonda y aseguró públicamente que le encantaría pegarle un tiro por la supuesta traición a la bandera estadounidense que cometió hace cuarenta años.

Por supuesto que, durante la era de Vietnam, el reclutamiento era obligatorio. La inminente posibilidad de ser reclutados a la fuerza para la Armada o para los Marines y de encontrarse en el delta del Mekong al cabo de seis meses hizo que la mente de los chicos de dieciocho años de clase media se concentrara con una rapidez prodigiosa en la monstruosidad y en la injusticia de la guerra, y otro tanto le ocurrió a sus padres. A día de hoy el reclutamiento no es obligatorio. Es cierto que muchos de los soldados desplegados en Iraq han sido forzados a doblar el período de servicio, que otros muchos son delincuentes pendientes de condena a los que se les dio a elegir entre la prisión o el ejército, y que otros tantos son inmigrantes ilegales a los que se les prometió el permiso de residencia o la ciudadanía estadounidense a cambio de prestar servicio militar en Iraq. Pero todos y cada uno de los soldados desplegados allí o en Afganistán son, técnicamente hablando, voluntarios.

Al menos en lo que respecta a un futuro próximo, ningún gobierno de Estados Unidos asumirá el riesgo político de implantar nuevamente el reclutamiento obligatorio, y ello a pesar de que la falta de efectivos constituye un serio problema para el Pentágono en estos momentos. En el mismo sentido, no hay duda de que la ausencia de reclutamiento forzoso es una de las principales causas de la debilidad del movimiento antibelicista. Pero pese a que en los años de Reagan el reclutamiento tampoco era obligatorio, sí existió ciertamente un movimiento muy vital en contra de sus esfuerzos por destruir la Revolución Sandinista en Nicaragua y por aplastar a la insurgencia del FMLN en El Salvador.

Recuerdo perfectamente cómo en aquellos años recorrí Estados Unidos de punta a punta, dando conferencias en contra de la intervención en los campus universitarios, en las iglesias y en las salas sindicales de montones de ciudades a lo largo de casi cada uno de los Estados de la Unión. La mayoría de las ciudades estadounidenses han contado al menos con un grupo de disidentes por década. En cualquier concentración pueden observarse los estamentos históricos en el perfil humano.

Hasta hace una década, podía contarse con la presencia de los viejos comunistas, probablemente veteranos de la Brigada Lincoln que combatieron como voluntarios en defensa de la República durante la Guerra Civil española. A finales de la década de 1980, estos ex combatientes rojos presumieron de ser con frecuencia los mejores organizadores. Después estarían los activistas contrarios a la guerra como Dave Dellinger, que sufrió prisión federal por proclamarse pacifista durante la Segunda Guerra Mundial. Hubo gente que alcanzó la madurez política de la mano de Henry Wallace y del Partido Progresista, y que en 1948 puso en jaque a Truman desde la izquierda. Un grupo de seguidores ligeramente más jóvenes aprendieron su estrategia de organización durante los años de la Guerra de Corea y del auge del Movimiento por los Derechos Civiles. Los viejos sindicalistas trabajaron codo con codo junto a Cuáqueros y Unitarios. Después está la generación de Vietnam, muchos de cuyos miembros han cumplido ya los sesenta. Más

de una vez, en el Sur, me he topado con que las llamas se mantienen vivas gracias al esfuerzo de antiguos maoístas que se desplazaron a Birmingham, en Alabama, mientras cumplían con su tarea revolucionaria, y que echaron raíces estableciéndose como abogados por los derechos civiles, abogados de oficio o sindicalistas.

Existen montones de «izquierdas» diferentes en Estados Unidos, unidas en sus respectivos esfuerzos –ya sea por los derechos de los inmigrantes, por el control público de la energía o en contra del reclutamiento militar–. Están los grupos anarquistas y los trotskistas. Y cuando se avecina una guerra, cosa que en Estados Unidos ocurre con considerable regularidad, generalmente se fusionan formando un movimiento antibelicista. El otro día encontré una caja de viejos papeles en mi garaje en la que guardaba un directorio de «ciudades hermanas», poblaciones en Estados Unidos que se habían «hermanado» con ciudades hostigadas en Nicaragua, intercambiando delegaciones regulares. El directorio era tan grueso como una guía telefónica de tamaño medio. Se produjeron cientos de hermanamientos de ese tipo, los cuales condujeron a su vez a numerosos hermanamientos de carácter individual. People's Express, «la aerolínea de los mochileros», como solía ser conocida, debió trasladar a muchos desde Vermont o desde el noroeste del Pacífico hasta Miami, para llegar a Managua y citarse con algún valiente hijo de Sandino o alguna hermana nica, liberados del yugo del patriarcado latino por la inversión norteamericana.

La dimensión directamente personal de la solidaridad política internacional no es sólo materia de anécdotas nostálgicas. A finales de la década de 1980, la «insurgencia» centroamericana estaba presente de manera constante en Estados Unidos, físicamente presente, y no sólo por mediación del trabajo que Daniel Ortega y Rosario Murillo desarrollaron en el circuito liberal de Hollywood. El movimiento Santuario dio refugio a militantes y simpatizantes en distintas iglesias, desafiando los esfuerzos de los federales por apresarlos. Sindicalistas de El Salvador viajaron por toda Norteamérica de ciudad amiga en ciudad amiga. Recuerdo una merienda celebrada por un sindicato local en huelga a las puertas de una fábrica de Springfield (Oregón), al sudeste de Eugene, donde un hombre perteneciente a una coalición de trabajadores radical de El Salvador recibió una cordial acogida por parte de los huelguistas y de sus familias, mientras todos ellos intercambiaban historias sobre sus respectivas batallas. La insurgencia iraquí no posee un rostro humano ni una presencia semejante entre nosotros, no en vano cualquier expresión de solidaridad directa puede ser salvajemente castigada en nombre de la Patriot Act y otras leyes por el estilo.

Lawrence McGuire, un profesor procedente de Carolina del Norte que actualmente enseña en la ciudad francesa de Montpellier, organizó un encuentro de estadounidenses antibelicistas y de varios partidos franceses afines, en el que tuve ocasión de hablar el pasado otoño. Esto es lo que me escribía recientemente, en lo que concierne al problema de la solidaridad directa:

Estaba leyendo un artículo reciente de Phyllis Bennis, en el que la autora hablaba sobre las «bajas de soldados estadounidenses» y sobre las «víctimas civiles iraquíes», cuando me sobrevino la idea de que el Gran Tabú del movimiento antibelicista reside en mostrar la más mínima empatía por los combatientes de la insurgencia iraquí. Nunca se los menciona como personas dignas de conmiseración, mucho menos de admiración. Pero está claro que si lo que se pretende es simpatizar con los soldados estadounidenses que están combatiendo en una guerra de agresión, se debería estar dispuesto a simpatizar al mismo tiempo con los soldados que están combatiendo por su patria. Es probable que hasta que el movimiento antibelicista no empiece a reconocer en cierto grado que debería incluir a «los combatientes de la insurgencia iraquí» en su panteón de víctimas (junto a los soldados estadounidenses y a las víctimas civiles iraquíes) no haya la necesaria masa crítica como para constituir un verdadero movimiento.

En este momento, existen muchas y evidentes razones para explicar por qué la solidaridad directa con los combatientes de la «insurgencia», patente en la lucha en contra de la guerra de Vietnam y en el movimiento en contra de la intervención en Centroamérica, no se ha dejado ver todavía. La «guerra contra el terror» significa –y el término fue creado justamente para designar este hecho– que cualquier grupo estadounidense que mantenga vínculos o relaciones perceptibles con el movimiento de insurgencia iraquí puede ser objeto de salvajes represalias políticas. El perfil de la insurgencia ha sido turbio, y obviamente en ciertos aspectos ha resultado poco atractivo para las coaliciones seculares y progresistas de Occidente. Esta vez no ha existido ningún Wilfrid Burchett ni ningún otro reportero/intérprete semejante que trabajase tras la línea de combate. Y ello ha tenido sus consecuencias, precisamente del tipo que señalaba McGuire.

### *Coaliciones capitalizadas*

La víspera del ataque en 2003 parecía que un enérgico movimiento antibelicista estaba cobrando vida. Se produjeron algunas concentraciones muy numerosas. United for Peace and Justice, la coalición que aglutinaba un mayor número de organizaciones, se había fundado durante los momentos previos a la guerra, coincidiendo con un encuentro celebrado en Washington en octubre de 2002. Representaba a unas cuarenta organizaciones aproximadamente. Lo que se suponía que iba a constituir una formación amplia sufrió una temprana escisión con la creación de Win Without War, bajo cuyas siglas se agruparon NOW, NARAL, NAACP y demás organizaciones por el estilo. Esa coalición exigía que cada una de las agrupaciones asociadas contase con varios millares de miembros, mientras que UFPJ no imponía ningún requisito semejante. La última organización en sumarse a la contienda fue ANSWER, que apareció en escena ese mismo año por mediación del Workers World Party, una agrupación de corte trotskista. Calificando a ANSWER de «extrema izquierda» y desacreditando con ello de algún modo un movimiento antibelicista teóricamente «respetable» se favoreció la ocupación –siendo esto una disculpa para la inacción– por parte de aquellos que

se mantenían entre dos aguas, quienes básicamente debieron considerar que algún tipo de incursión en Iraq, preferiblemente luciendo los ropajes de la ONU, no era tan mala idea.

Tanto UFPJ como ANSWER lograron apuntarse algunas victorias, pero a lo largo de los cuatro años siguientes, a medida que la espantosa futilidad de la guerra y su enorme poder destructivo se han hecho cada vez más y más plenamente evidentes, el movimiento antibelicista ha ido debilitándose. A finales de enero de 2007, UFPJ organizó una concentración en Washington que congregó a un número respetable de personas. Entre ellas se dejaron ver estrellas de Hollywood como Sean Penn e iconos de la década de 1960 como Jane Fonda y su otrora compañero Tom Hayden. Pero por desgracia resultó un tanto predecible, además de algo monótona. Para llegar a ser memorable y efectiva, una concentración antibelicista tiene que estar cargada de tensión, a diferencia de una mera reunión de amigos. Las emociones deberían estar a flor de piel, los nervios algo fuera de control, la ira impregnada de miedo. Durante la manifestación en contra de la OMC celebrada en Washington en 2000, meses después de Seattle, la policía tenía órdenes de disparar a matar si las cosas se les iban de las manos. Dudo que ningún policía tuviese órdenes semejantes el pasado enero en Washington. El clima político era considerablemente más templado.

Una ausencia en la tribuna de oradores, durante la concentración organizada por UFPJ el pasado enero, aporta una pista reveladora para comprender la debilidad del movimiento antibelicista. Ralph Nader no fue invitado, a pesar de ser una de las principales figuras políticas de la izquierda, además de un crítico feroz de la guerra. ¿Por qué razón no se le invitó? Nader sigue resultando un anatema para muchos demócratas, desde que se presentó como candidato por un tercer partido en 2002, de modo que le culpan de haber sustraído votos cruciales para Al Gore, permitiendo de este modo que Bush ganase las elecciones. Pese a que la guerra de Iraq es una empresa respaldada por dos partidos, pese a que los demócratas han aprobado año tras año en el Congreso conceder a Bush el dinero necesario para continuar dicha guerra, la línea central del movimiento antibelicista, tal como estaría representada por UFPJ, está en manos del Partido Demócrata.

Los primeros augurios de esta capitalización eran evidentes en 2004, cuando el movimiento antibelicista depositó grandes esperanzas en la candidatura del centrista Howard Dean, quien experimentó un ascenso meteórico hacia el nominación demócrata hasta que quemó sus opciones en Iowa. No hay duda de que el antiguo gobernador de Vermont obtuvo cierto impulso al oponerse a la guerra de Iraq, pero pronto se cubrió las espaldas, señalando las virtudes de la ocupación y prometiendo que, aunque equilibraría el presupuesto, dispensaría al Pentágono de cualquier recorte presupuestario. Finalmente, cedió incluso su firma, arguyendo que la guerra no era un asunto que preocupase realmente a los votantes demócratas. Cuando finalizó su candidatura, muchos miembros de la izquierda, trasladaron sus esperanzas a Dennis Kucinich, el congresista de Ohio. Ciertamente Kucinich se había

opuesto a la guerra con mayor firmeza, y estaba situado mucho más a la izquierda en lo que respecta a asuntos económicos y cuestiones de justicia. Pero era obvio desde el comienzo que no tenía la más remota posibilidad de alcanzar dobles dígitos en ninguna primaria, y que por este motivo carecería incluso de la influencia necesaria para negociar alguna concesión retórica durante la convención del Partido Demócrata en Boston. El verdadero cometido de su candidatura fue intentar evitar que el sector progresista se pasase a las filas de Nader. Los que señalaron este aspecto durante la primera mitad de 2004 obtuvieron una confirmación clamorosa de su análisis cuando Kucinich otorgó su apoyo incondicional a John Kerry, un hombre tan involucrado en la guerra que llegó a convertirse en chiste nacional.

Para aclarar las consecuencias de esta, en ocasiones reticente, subordinación del grueso del movimiento antibelicista al Partido Demócrata, podemos hacernos una sencilla pregunta. ¿Nos hemos aproximado más al final de la guerra estadounidense en Iraq, desde que los demócratas recobraron el control del Congreso estadounidense en noviembre de 2006? El 23 de marzo de 2007, el conjunto de la Cámara aprobó por 218 votos a favor y 212 votos en contra el establecimiento un calendario para la retirada de las tropas estadounidenses, señalando el primero de septiembre de 2008 como fecha tras la cual previsiblemente la concesión de fondos se limitaría de manera exclusiva a financiar la retirada. No se trataba de un plazo coercitivo. Tan sólo exigía que Bush obtuviese el respaldo del Congreso, antes de prolongar la ocupación y de invertir nuevos fondos en esta materia.

En la página web de la presidenta demócrata de la Cámara Nancy Pelosi, podía encontrarse un panorama de lo que ella consideraba que sería la misión que las tropas estadounidenses en Iraq, una vez se cumpliesen los planes de retirada o de «reubicación»: «Las tropas estadounidenses que permanezcan en Iraq serán empleadas únicamente a los efectos de la protección diplomática, las operaciones antiterroristas y el entrenamiento de las Fuerzas de Seguridad iraquíes». ¿Pero no guardaba esto un inquietante parecido con los planes de guerra de Bush previos al incremento de tropas de esta primavera? ¿Podía esperarse al menos que las tropas reubicadas regresasen a casa? No, aseguró Pelosi, al igual que el líder de la mayoría en el Senado Harry Reid. Estas tropas serían enviadas a Afganistán para combatir a Al-Qaeda.

Así que el proyecto de ley –el colmo de la resolución demócrata contra la guerra– adoptaba y respaldaba en lo esencial el plan de guerra de Bush, así como sus parámetros concomitantes, tal como explicó punto por punto durante el discurso pronunciado el 10 de enero. El 27 de marzo el Senado aprobó por 50 votos a favor y 48 votos en contra iniciar la retirada en marzo de 2008, asumiendo que esta propuesta no era vinculante para el presidente. Bush aseguró sin demora que vetaría todas las propuestas de retirada que salieran del Congreso, y cumplió debidamente su palabra. En medio de todas las maniobras políticas de esta fase, la guerra continúa, con un presupuesto suplementario de 124.000 millones de dólares que cuenta

con la aprobación de los demócratas, que supone una cuantía mayor de lo que el propio Bush había solicitado. Cuando el Congreso sometió a debate el presupuesto del Pentágono para el ejercicio presupuestario de 2008, barajando concederle fondos por valor de medio billón de dólares, no hubo señales de que la dirección demócrata fuera a permitir ningún serio recorte en la financiación posterior de la guerra.

Cuando llega el momento de enfrentarse a la guerra real, que ha llevado a la sangrienta desintegración de la sociedad iraquí, a la matanza de más de 5.000 iraquíes cada mes, a la muerte y mutilación cotidianas de soldados estadounidenses, nada en absoluto ha cambiado desde que los demócratas se hicieron con la victoria en noviembre, por cortesía de la repulsa del pueblo estadounidense ante la guerra. La respuesta de Bush a la condena que se dejaba traslucir en las encuestas de opinión fue designar a un nuevo comandante en Iraq, el general David Petraeus, a fin de supervisar el «incremento» de tropas en Bagdad y en la provincia de Anbar. Los demócratas respaldaron el nombramiento de Petraeus por unanimidad, y en este momento acaban de dar el visto bueno a los fondos para financiar el mencionado incremento. Bush insinuó que le gustaría expandir la guerra a Irán. Nancy Pelosi, escarmentada por los abucheos que recibió durante la convención anual del AIPAC, abandonó rápidamente toda pretensión de obligar a Bush a contar con la aprobación del Congreso antes de declarar la guerra a Irán. A principios de junio, el Hearst News Service informó de que para noviembre de 2007 el número de tropas estadounidenses desplegadas en Iraq sería en realidad el doble.

Pese a que ningún cambio significativo se produjo realmente el 23 de marzo, leyendo a los analistas liberales uno creería que hemos presenciado una profunda revuelta, gracias a la habilidad con la que Nancy Pelosi logró unificar las diferentes facciones demócratas. Lo que consiguió en la práctica fue neutralizar a la facción antibelicista. Al final, tan sólo ocho demócratas (además de dos republicanos) votaron en contra de la Consignación Suplementaria, materializando su oposición a la guerra. El saldo de los 212 votos en contra provino de los republicanos que se opusieron al proyecto de ley presentado por Pelosi al considerarlo contrario a Bush y contrario a la guerra. De modo que 420 representantes del Congreso no tienen oficialmente ningún problema con que la guerra continúe hasta la víspera de las próximas elecciones. Diez de ellos se muestran decididamente en contra, lo que sitúa al Congreso más o menos en la misma posición en la que se ha mantenido siempre respecto a opositores comprometidos.

Las fuerzas antibelicistas del Congreso están en este momento más debilitadas. Sirva de ejemplo el caso de Sam Farr en Santa Cruz (California), y de Peter DeFazio en Eugene (Oregón) –ambos congresistas con un amplio respaldo progresista en sus respectivas circunscripciones electorales. En el último Congreso controlado por los Republicanos, se mostraron como firmes adversarios de la guerra, votando en contra de la autorización de la invasión y más adelante de la dotación de fondos para financiar la guerra. Ya

no lo son más. Pelosi concedió a Farr una subvención para los cultivadores de espinacas de su distrito, y DeFazio obtuvo financiación para escuelas y bibliotecas. ¿Quién sabe? A lo mejor unos pocos dólares de estos últimos serán destinados a subvencionar el acceso en silla de ruedas de los parapléjicos que regresarán de Iraq durante los próximos dieciséis meses, mutilados precisamente en la guerra a la que DeFazio prestó su voto para conseguir más fondos.

Intentando justificar el motivo por el que había votado a favor del proyecto de financiación de la guerra presentado por Pelosi, Farr hizo público un comunicado de prensa en el que afirmaba: «Este proyecto de ley traerá nuestras tropas a casa». Pero al mismo tiempo aseguró al *San Francisco Chronicle*: «Quieren extremar la violencia. Quieren intensificar la ofensiva en Iraq. Así pues, ¿qué significarían nuestros votos “en contra”?». A decir verdad, hubieran significado más votos en contra de la guerra, hubieran supuesto cuatro negativas más frente a los sobornos de Pelosi, estos votos en contra hubieran dado al traste con su proyecto de ley, demostrando de este modo que resulta imposible valerse de una mayoría en la Cámara de Representantes para animar una pantomima destinada a defraudar a la misma gente que restituyó a los demócratas en el poder.

El auténtico movimiento antibelicista se demostró incapaz de presionar a los demócratas de la Cámara para que estos mantuviesen su posición. Como se ha dicho anteriormente, la manifestación del 27 de enero organizada por United for Peace and Justice implicó efectivamente una presión activa a los demócratas para que éstos se mantuvieran en la brecha, pero la manifestación en sí misma se planteó realmente como un acto para vapulear a Bush, con escasos recordatorios de que la guerra ha sido y continúa siendo una proyecto respaldado por dos partidos.

Tom Matzzie, el director de MoveOn.org en Washington, afirmó tras la votación del 23 de marzo: «Bush es nuestro peor enemigo y nuestro mejor aliado». En otras palabras, cuando Bush atacó ferozmente el proyecto de ley presentado por Pelosi, bajo la acusación de que éste coopera con el enemigo, logró que el respaldo de los demócratas al mismo se fortaleciese. La atención se centra siempre en Bush, sobre quien MoveOn nunca tendrá influencia alguna, al contrario de los demócratas, a quienes MoveOn sí hubiese podido presionar con la fuerza de su lista de tres millones de correos electrónicos. Pero en lugar de enardecer a sus miembros para acusar a Pelosi de posibilitar la guerra, MoveOn tuvo el cuidado de limitarse, dentro de las opciones a su alcance, a realizar entre ellos una encuesta de opinión. Lo único que se les consultó fue si estaban a favor, en contra o indecisos con respecto a la financiación de la guerra, tal como ésta se planteaba en su proyecto de ley. MoveOn podía haber formulado la pregunta de otro modo: ¿apoya usted el plan presentado por Pelosi (describiéndolo en detalle); apoya usted el plan presentado por Barbara Lee (financiar exclusivamente la retirada escalonada de las tropas estadounidense); rechaza usted la financiación de la guerra en bloque?



La ocasión para ello se presentó de golpe justo después de las elecciones, cuando las fuerzas antibelicistas clamaban de indignación tras haber sido defraudadas por Pelosi y por Reid, quienes olvidaron incluir la guerra y la Patriot Act en su orden de prioridades. En cambio, la dirección demócrata optó sencillamente por actuar como si se opusiera a la guerra, mientras en la práctica continuaba respaldando su financiación. Esto es lo que han logrado conseguir hasta ahora, en medio de la algarabía y el alborozo del sector progresista.

De modo que en este momento, tras el veto de Bush, los cimientos de la resistencia demócrata se han desmoronado. En el entorno de la Cámara, Jack Murtha hizo todo lo que estuvo en sus manos, con un plan para pasar revista cada tres meses. Pero cuando este proyecto de ley fue sometido a debate, Murtha contaba con un escaso respaldo entre los demócratas. La razón: los aspirantes a la presidencia demócrata en el Senado –ya sea Clinton, Obama o Biden– no quieren que prevalezca resueltamente ningún tipo de resistencia contra la guerra, por gentileza de los demócratas. Así que en este momento están aprobando la concesión de fondos sin ningún plazo límite ni la más mínima reserva. De hecho, el llamamiento lanzado por los republicanos a fin de que la retirada dé comienzo en septiembre de este año (a no ser que la posición estadounidense en Iraq mejore, cosa que no va a suceder), supone un reto a Bush de mayores dimensiones que cualquier otro que los demócratas hayan llegado a barajar. ¿Qué han obtenido los demócratas como recompensa ante este bochornoso fracaso? Teniendo en cuenta que sus reivindicaciones contra la guerra no gozan del mayor crédito en estos momentos, su popularidad en las encuestas de opinión ha alcanzado cotas tan bajas como la de Bush.

### *Efectos derivados*

¿Logran los movimientos antibelicistas acabar con las guerras? La guerra de Vietnam finalizó básicamente porque los vietnamitas derrotaron a Estados Unidos, y porque un enorme número de soldados estadounidenses se declaró en abierta rebeldía. En casa un amplio sector de la población se rebeló igualmente. Con frecuencia los movimientos antibelicistas cobran una mayor relevancia durante su pervivencia posterior, educando a las nuevas generaciones en actitudes y tácticas de resistencia. Lo que ha ocurrido en Estados Unidos a lo largo de los años transcurridos desde Vietnam es un constante y nada sorprendente declive de la confianza política, así como de la ambición de la izquierda en su conjunto. Ello por no hablar del desastroso fracaso de la oposición al Partido Demócrata y a la Administración liderada por Clinton y Gore durante la década de 1990, por la incurción en Yugoslavia y por las sanciones inhumanas impuestas a Iraq.

Durante los años que Bush lleva en el poder, hemos presenciado un declive progresivo de cualquier izquierda independiente que se precie de tener una estrategia unificada desde el punto de vista teórico y práctico o

que esté dotada tan siquiera de una teoría política. Se ha producido un auge paralelo de una paranoia nada constructiva y ciertamente desmovilizante, patente en la orgía conspiracionista del 11S, al mismo tiempo que una transformación del sentimiento político –vaga expresión que encaja perfectamente con los tibios planteamientos políticos implicados– en el toque a rebato por la «guerra contra el calentamiento global», lo que se ha traducido en una metástasis de la «dialéctica de la naturaleza» que sin duda hubiera dejado perplejo a Engels. Los campus universitarios están anestesiados. Los cimientos del movimiento de los trabajadores se tambalean. Hablar del movimiento antibelicista en su manifestación efectiva significa en realidad limitarse a la mención de unos pocos esfuerzos encomiables: las campañas en contra del reclutamiento, las giras del colectivo Military Families Against War, en particular de aquellas familias que han perdido a sus hijos en Iraq, los esfuerzos de algunos veteranos de regreso a casa, la postura adoptada por algunos soldados que se negaron a ser desplegados en Oriente Próximo, y la de de tres o cuatro valientes más. El año pasado Cindy Sheehan reavivó el movimiento antibelicista en solitario, al dar comienzo a una vigilia en el exterior del rancho de Bush en Texas. Sin olvidar a la católica radical Kathy Kelly y a Medea Benjamín, de la mano de sus activistas «Código Rosa». Sheehan acaba de lanzar un ultimátum a Nancy Pelosi, advirtiéndola de que se enfrentará a ella en su distrito de San Francisco, a menos que el portavoz de la Cámara deje de obstruir el juicio político contra Bush y contra Cheney.

¿Qué manifestaciones causaron un mayor impacto en Estados Unidos el pasado año? De manera algo repentina, las principales ciudades estadounidenses asistieron al despliegue de gigantescas y beligerantes manifestaciones de inmigrantes, hispanos en su mayoría. Su furia respondía al trato brutal que reciben de parte de las autoridades y al endurecimiento de las leyes en contra de los inmigrantes ilegales, sin cuyos trabajos mal pagados la agricultura en Estados como California se paralizaría. El asunto de la guerra ni siquiera se planteó\*.

---

\* Una versión reducida de este artículo apareció publicada en el mes de julio, en la edición de *Le Monde Diplomatique* y en *CounterPunch*.